

JUAN PABLO DUARTE

(Cuatro necrologías del Padre de la Patria y Fundador de nuestra República)

UNA TUMBA ILUSTRE

*Alma incontaminada, noble, pura,
De elevados espíritus modelo.*

A. BELLO.

*...¿Qué importa á un alma grande,
Destello peregrino
De antorcha celestial, eso que el hombre
Suele llamar destino?*

(IBIT).

La Patria está de duelo: ¡DUARTE ha muerto!...

Ha muerto... ¿Pero dónde?... ¡Ai! tierra extraña cubre sus mortales restos; que el hombre-
verbo de la Independencia, apesar de cuanto hizo
i trabajó por libertar a la infeliz Quisqueya del yugo
haitiano, no tuvo ni aun triste consuelo de morir
en su patria. ¡Horrible fiereza del destino!

Ya todos los caudillos de la Independencia han
desaparecido!... DUARTE, el primero entre ellos,
ha bajado el último á la tumba.

Pero sobre su sepulcro no lucirán coronas fú-
nebres; ni sus coetáneos irán á depositar la ofren-
da de sus lágrimas... Quien sobre sí se alzaría,
triste i solitario, sin una humilde lápida que indi-
que al viandante que en él reposa un adalid de
la libertad, un émulo de Washington i Bolívar!

¿Por qué sería DUARTE tan desgraciado? No
podemos saberlo; pero ello es cierto que su vida
fué una serie de calamidades. En la flor de sus
años, i a trueque de todo, se consagró con tesón a
estender en su patria, esclava del Occidente, la
idea de separación; por lo cual fué víctima de terri-
ble espionaje, i por último, de amargo destierro.

Libre al fin la Primada de Colón por el esfuer-
zo de sus hijos, no pudo DUARTE, siquiera sabo-
rear las dulzuras de la Independencia, bello ideal
de sus ensueños, porque el partido conservador,
apoderado de la cosa pública, persiguió con cruel-
dad a los febreristas, i DUARTE, el más conspicuo

de todos, tuvo que partir de nuevo para el estran-
jero, después de los acontecimientos de La Vega.
Refugiado en Venezuela, como náufrago que la
tempestad arroja a playas desconocidas, si bien
encontró hospitalario albergue, vivió pobre i olvi-
dado, sufriendo los dolores de la proscripción, sin
la perspectiva de la vuelta al suelo natal; porque
sus conciudadanos no se acordaban del que les ha-
bía dado patria! Así son los pueblos!

DUARTE no gozó siquiera de esa aceptación
unánime, de esa simpatía universal, de ese aplau-
so público i sincero, aunque fugaz, que se llama au-
ra popular... La indiferencia de sus conciudada-
nos, debió partírle el corazón como aguda i pene-
trante espada... Fué como uno de esos astros que
mueren al brillar, pero que dejan, donde irradian,
un espacio luminoso.

Ni figuró en el escenario político de su patria;
ni tuvo un lugar en el festín de sus alegrías; ni pu-
do compartir con ella sus duelos i amargas triste-
zas; que tan solo le cupo en suerte el ostracismo,
como largo i penoso calvario.

¿Cuánta sería la amargura de su corazón, he-
rido por crueles decepciones? ¿Qué de lágrimas
acervas no derramaría en la soledad de su destie-
rro, al recordar la ingratitude de sus compatriotas?...

Pero ya no existe: la muerte ha puesto fin á su
triste i miserable existencia; i sólo nos es dado, co-
mo pálido i efímero homenaje á su memoria, lamen-
tarnos i llorar, tal vez la jeneración futura, más di-



chosa que la presente, podrá hacer la apoteosis del ilustre prócer, que duerme el último sueño, allá en la lejana tierra, mui lejos de la que libertó, la cual, como un castigo del cielo, no posee ni aun sus deleznales despojos.

La posteridad siempre es justiciera; por que no tiene ni el encono de la envidia, ni los celos de la rivalidad, ni la aparente cuanto devoradora indiferencia del egoísmo, ni las demás pasiones del momento: por eso juzga con calma i templanza. Así que, ella sabrá venerar la memoria del patricio insigne: en cuanto á sus contemporáneos, sólo amar-

garon su vida y pagaron con olvido e ingratitud el bien inapreciable de independencia i libertad de que gozan hace ya mucho tiempo!

¡Paz i reposo eterno á los manes del ilustre prócer! ¡Que su espíritu nos proteja desde el mundo invisible en que reside!

Apolinar Tejera.

Julio 22 de 1876.

EL NACIONAL. NUM. 109.
Santo Domingo, 28 de Julio de 1876.

APUNTES BIOGRAFICOS DEL JENERAL DUARTE (*)

A las tres de la madrugada del día 15 del presente mes pasó a mejor vida el ilustre Jeneral Dominicano Juan Pablo Duarte, después de una larga y penosa enfermedad y sufrimientos morales que sin duda anticiparon su muerte, la cual supo esperar con su valor acostumbrado y resignación cristiana hasta su último aliento (x) Sus venerandos restos fueron trasladados al templo de Santa Rosalía, acompañándolos sus deudos y sus muchos amigos hasta el nuevo cementerio, en donde reposarán hasta que sean trasladados a su patria, santuario de sus glorias, que sin duda los reclamará para honrar sus cenizas poniéndolas en lugar distinguido, digno de los grandes méritos de este prohombre.

Valiosos fueron los señalados servicios que este ilustre varón prestó siempre a su patria, como buen cristiano, político, financista, militar, y como instruido en varias ciencias, poseyendo los idiomas Español, Inglés, Francés, Alemán, y Portugués: conocimientos que adquirió, primero, en su país, perfeccionándolos en sus viajes por los Estados Unidos del Norte, Lóndres, París, Hamburgo, España y últimamente Venezuela, en donde recorrió toda la parte Oriental y Occidental.

(*) Publicados en el *Diario de Avisos*, de Caracas, Venezuela, en su edición correspondiente al 24 de julio de 1876. Fueron reproducidos en el *Listín Diario*, S. D., 26 de enero de 1929. El ejemplar del diario caraqueño que conserva el Maestro don Fed. Henriquez y Carvajal perteneció a las hermanas del Padre de la Patria, y luce la siguiente dedicatoria manuscrita: "Andrés S. Vizcarrondo, fiel y verdadero amigo del ilustre General Dominicano Juan Pablo Duarte, a sus señoritas hermanas Rosa y Francisca". (V. A. D.)

(x) Día que cumple año de la primera reunión que tuvo para un trabajo de revolución.

El jeneral Duarte, honrado, persuasivo, dulce y afable por su ilustración y buenas maneras, se hizo estimar y respetar de todo el que tuvo la honra de tratarlo, y deja entre sus amigos y conciudadanos la grata e inolvidable memoria, que cual brillante estela sigue a los que como él dejan la tierra para ocupar puesto distinguido en las espléndidas regiones del Cielo.

Este caballero distinguido, en todos conceptos, nació el 26 de Enero de 1813, en la capital de Santo Domingo; fueron sus padres el señor Juan José Duarte y la señora Manuela Díez, miembros de familias muy respetables, acomodadas, y de la primera sociedad de Santo Domingo.

El jeneral JUAN PABLO DUARTE, fué el primero que concibió el pensamiento de sacudir la dominación de los Haitianos, que por 22 años sufrió su país natal; a la cabeza de algunos otros jóvenes contemporáneos dominicanos, llenos de abnegación y patriotismo y ajitados por el noble sentimiento de la independencia de su patria, comenzó a fraguar la revolución que dió por resultado la total separación de Haití, proclamada el 27 de Febrero de 1844. Sus primeros trabajos fueron establecer una sociedad dramática, de aficionados, con cuyo pretexto se reunían para combinar sus planes revolucionarios, porque de este modo no se hacían sospechosos a las autoridades. El jeneral Duarte fué el primero que se lanzó a la revolución, el primero que sacrificó sus afecciones de familia, su reposo, esponiendo su vida mil veces por dar libertad a sus conciudadanos; y luego que consiguió su lau-

dable propósito, la recompensa que obtuvo de sus partidarios fué la calumnia y verse arrojado ignominiosamente de su patria, el 22 de Agosto del mismo año de 1844, por la segunda Junta Central gubernativa, en cuyo año vino a ocultar sus lágrimas en el centro de Venezuela, permaneciendo oscurecido hasta que viendo alevemente inmolada por sus mismos perseguidores la patria independiente, volvió a su país ofreciendo su valiente espada a la revolución rejenadora. Enviado después al Extranjero a desempeñar una alta misión, se fijó en Caracas, donde ha residido desde entonces y vivi-

do delirando siempre con el porvenir de su patria hasta los últimos momentos de su vida.

El que suscribe, amigo verdadero del General Juan Pablo Duarte, consagra estos mal trazados renglones a la memoria del finado, y da el más sentido y cumplido pésame a sus señoras hermanas, hermano y demás miembros de su familia.

Andrés S. de Vizcarrondo.

Caracas, Julio 17 de 1876.

DUARTE (*)

El ilustre prócer dominicano JUAN PABLO DUARTE, Primer caudillo de nuestra Independencia Nacional en 1844, acaba de bajar al sepulcro en la ciudad de Carácas, capital de los Estados Unidos de Venezuela.

Muerto para la Patria desde que adquirió el triste convencimiento de que las discordias de partidos iban a desgarrar la obra magnífica del 27 DE FEBRERO; reducido a deplorar en el destierro las aberraciones políticas de sus compatriotas, DUARTE sólo reapareció en nuestro escenario en la época memorable de la lucha empeñada contra las ar-

mas españolas; dirigió su voz inspiradora a los jefes restauradores para infundirles fe y aliento, y volvió muy pronto a su retiro. La Historia, al formar juicio sobre los actos de tan insigne patriota, no encontrará en toda su existencia, bien que fecunda y trascendental como pocas, ni una gota de sangre ni una mancha de lodo: Su memoria tiene derecho absoluto a las lágrimas y a la veneración de todos los dominicanos. Paz a sus restos!...

Gaceta de Santo Domingo, Núm. 131.
21 de julio de 1876.

JUAN PABLO DUARTE

(NECROLOGIA)

El vapor venezolano Caracas nos trajo la infausta noticia del fallecimiento de nuestro ilustre compatriota el General D. Juan Pablo Duarte y Díez, acaecido en la ciudad de Caracas.

Dedicado desde sus más tiernos años al estudio y la meditación, aquel joven de alma libre y entusiasta no pudo resignarse a vivir tranquilo al ruido de las cadenas de la patria. La idea de libertarla del yugo de Haití llegó a ser su único pensamiento; y a él lo sacrificó todo.

(*) Esta breve necrología del órgano oficial del Gobierno Dominicano, entonces en angustiosa lucha contra las rebeliones del Sur y del Cibao, fué escrita por don Manuel de Is. Galván, quien servía la cartera de Relaciones Exteriores en el Gabinete del Presidente Espaillat. (V. A. D.)

Infatigable en su propósito inició un número de amigos que ejercieron con fruto su difícil apostolado: de levantar el ánimo de un pueblo subyugado y empobrecido durante veintidós años, y custodiado por las hordas feroces que la tradición de crímenes horrendos hacían más y más temibles.

Brilló por fin la aurora del 27 de Febrero de 1844, cuyo éxito colmó la noble aspiración de aquel patriota desinteresado, que no soñó jamás con otra gloria que con la de lavar la mancha de la ocupación y afrenta de su país.

Sin embargo: una parte de éste quiso por gratitud elegirle como su primer magistrado. El hom-

bre de la idea redentora, era muy capaz de haber dado dirección a la cosa pública. El llevaba en su mente aquella creación política, encarnación feliz de sus largos ensueños, y sólo él por aquel entonces hubiera podido imprimir a la Revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción, e impedido sus primeros desvíos y sus posteriores claudicaciones.

El solo conato de aquella elección le valió un decreto de muerte conmutado en el de su destierro y de su familia: destierro que para ésta lleva la larga fecha de treinta años; y para él... la de toda la vida, exornado con la miseria, el desdén, la calumnia y la muerte en la tierra hospitalaria!!!

Como el Gnral. Duarte brilló semejante a un meteoro, desapareció en seguida, puede decirse que era para esta generación un personaje casi extraño. Más aún: un ser a quien los odios políticos y la hiel de la persecución que todo lo envenenan, se propusieron hacer aparecer cubierto con el ridículo, para cercenar su gloria y empequeñecer la obra gigantesca de haber realizado sin recursos en 1844 lo que en 1824 fué de todo punto imposible a una generación más opulenta y que rebosaba en elementos de toda especie.

Así pues, la juventud actual no ha podido tener puntos de contacto con el hombre de abnega-

ción y sacrificio a quien la patria debe su existencia política y el puesto que ocupa entre los pueblos libres de América; porque no tuvo la ocasión de apreciar por sí misma la extensión de su talento y sus relevantes cualidades; y por que solo ha podido aprender a juzgarle a favor de los relatos de enconados enemigos y de émulos envidiosos, empeñados en presentarle como un hombre sin mérito alguno, como una verdadera momia.

Pero a despecho de unos y otros, el Gnral. Duarte crecerá con los tiempos, mejor dicho, se elevará a sus verdaderas proporciones de héroe tallado a la antigua; y la posteridad, más justa siempre con los grandes hombres (porque no le importuna su presencia) concederá a su memoria el tributo de admiración y respeto que con tanto tesón le negaron sus contemporáneos.

Las grandes iniciaciones son siempre dolorosas; porque por una ley fatal entrañan el sacrificio del iniciador. Eso aconteció a nuestro ilustre con-ciudadano, para quien pedimos al Dios de justicia el eterno reposo de su alma pura y desinteresada.

Félix Ma. del Monte.

Año 1876.

Reproducida por el licenciado Leonidas García en el *Listín Diario* del 26 de enero de 1980.

